

El reflejo de ideas

Se entiende por «reflejo de ideas» la atención que el profesor tiene con las ideas e iniciativas de sus alumnos. En primer lugar, aceptando no sólo el que los alumnos tengan ideas sino el que tengan ideas a veces contradictorias con lo que el profesor piensa y, por supuesto, ideas mejores que las que el profesor muchas veces ofrece. En segundo lugar, fomentando la exposición y desarrollo de esas mismas ideas, ayudándole a contrastar sus opiniones y verificar su valor en cada



caso. Y, además de todo eso, logrando un clima de creatividad en toda la clase, que no sólo genera actividad en el aprendizaje, sino también un ambiente de que la enseñanza es un proceso en búsqueda de soluciones mejores, a las que sin duda los alumnos tienen también que contribuir. Debemos advertir también desde el principio que no debe confundirse el «reflejo de ideas» con la técnica grupal de «promoción de ideas», aunque tengan desde luego muchas cosas en común.

1. El reflejo «gestual»

Muchas veces parece que admitimos las ideas de los alumnos porque verbalmente no le decimos nada en contra o, incluso, le decimos que «muy bien, adelante»; pero el gesto indica exactamente lo contrario: cara de extrañeza, arruga en la nariz, movimiento de duda en las manos, sonrisa compasiva por lo que nos parece un disparate, mirar hacia otro lado, mirarle fijamente pero con gesto de sorpresa de «¿qué me dice éste?», gestos de impaciencia de «¿a ver cuándo acaba» o simplemente mirar al techo y a la ventana o atender a otras cosas mientras se le dice: «habla, habla, que te estoy atendiendo».

Por el contrario, existe el gesto atento, nada ritual, que consiste en atender de verdad a lo que dice y es propio de quienes creen que la gente tiene ideas que necesitan ser escuchadas, prescindiendo un poco de si luego van a ser útiles o no. Y esto lo hace, en primer lugar, porque es la forma de que el alumno se ponga en actividad, discorra por sí mismo, tome confianza, arriesgue su opinión, compruebe por sí mismo el valor de sus afirmaciones; y, en segundo lugar, porque cree que las ideas mejores están todavía por venir y que son necesarios miles de intentos para nuevos inventos; aparte, naturalmente, de que ¿con qué derecho se puede limitar la libertad de expresión de cualquier alumno a manifestar su propia opinión?

2. El reflejo «tonal»

Generalmente, cuando uno explica o intenta que los demás le sigan, adopta un tono más elevado de voz; en cambio, cuando uno escucha, baja la voz y, desde luego, se adapta al tono que el otro usa. Pero hay muchos matices: a veces se usa el tono irónico, balbuceante, indicando algo así como «¿a dónde vamos a parar con eso que estás diciendo?»; otras veces, el tono compasivo: «a ver, qué idea se te ocurre ahora...»; otras, el tono crítico de que las cosas ya están pensadas antes por otros y poco pueden hacer las ingenuas sugerencias de los alumnos.

Sintonizar significa ponerse a tono con el otro y ayudarle a discurrir porque percibe el eco de sus propias palabras y no se desfigura su espectro. El alumno percibe entonces que se le escucha.

3. El reflejo «posicional»

Nadie te vuelve la espalda cuando te está escuchando ni nadie se sube al estrado para poner distancia en medio. El maestro que escucha toma una posición cercana e inclina el cuerpo aunque siga deambulando por toda la clase como llevando a los demás sus propias ganas de escuchar. Es cierto que se puede escuchar desde todos los sitios y un juez puede escuchar atentamente desde su mesa y su trono; pero la posición de escucha vuelve la silla, los brazos y el cuerpo hacia el que habla y convierte al alumno en un centro de atracción. A veces, el profesor incluso se distancia, para con ello abarcar más a los demás alumnos e invitarles a que atiendan al que habla: es una buena señal que el alumno percibe, al notar sus miradas y su cuerpo dirigido hacia él mismo.

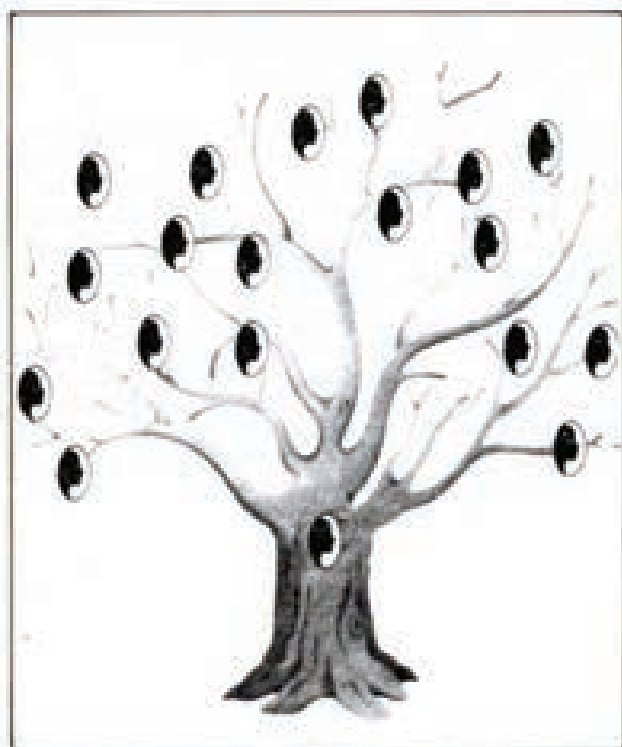
No tenemos más que observar a grupos que están hablando en el recreo y ver cómo los cuerpos van cambiando de sitio para lograr un mejor ángulo de atención o abandonando la dirección de quien habla si el tema ya no les interesa. La posición corporal es una de las mejores señales indicativas de hasta qué punto el profesor está atendiendo o no a lo que el alumno dice.

4. El reflejo «verbal»

Pero lo que normalmente constituye un punto de observación que puede medirse más objetivamente es, sin duda, el lenguaje usado en el «reflejo verbal». Vamos a indicarlo en algunos ítems que, reforzados con los otros tres lenguajes indicados arriba (gesto/tono/posición), pueden ser bastante significativos y medir hasta qué punto reflejamos o no las ideas de los alumnos.

4.1 «Silencio»: grado en que el profesor guarda silencio, deja de hablar, interrumpe su explicación, le dice al alumno que continúe, deja incluso una explicación para más tarde, prefiere que el alumno hable y pueda intervenir en cualquier momento.

4.2 «Espera»: grado en el que el profesor espera, no se precipita, no urge el razonamiento y explicación que el alumno hace de sus ideas, le deja tomar su tiempo para que se explique a gusto y sin urgencias.



4.3 «Monosílabos»: tales como «ya», «muy bien», «entendido», «o sea que», «veo lo que dices», «adelante...» y otros esos monosílabos que solemos usar cuando estamos de verdad atendiendo a otro y no tratamos precisamente de ir juzgando lo que dice, sino de buscar el que se exprese con libertad y que tratamos de ir entendiendo lo que nos quiere manifestar.

4.4 «Últimas palabras»: a veces el reflejo consiste en ir recogiendo y caso repitiendo al pie de la letra las últimas palabras, la última frase, en el mismo tono que el alumno viene usando en su comunicación; tal como lo hace la gente en una conversación ordinaria en la que se le atiende al otro.

—AL: «...Y, además, no creo que esa sea la única razón por la que existe todavía una cierta discriminación racial: yo creo que, sobre todo, es una falta de conocimiento de cómo son los demás, cómo viven y cuáles son sus costumbres...»

—PROF: «...su vida y sus costumbres, su forma de...»

—AL: «...Sí, eso... que no son tan distintos a nosotros...»

—PROF: «...Que se parecen, vamos, que nos parecemos mucho...»

—AL: «...Sí, yo creo que nos parecemos muchísimo...»

4.5 «Encerado»: Uno de los reflejos más eficaces de lo que el alumno va diciendo es sin duda alguna el reflejar en el encerado, con palabras-clave, lo que él va comunicando. Es necesario ser rápidos y no ponerse a es-

cribir, volviendo la espalda a quien habla y cortando así la velocidad de la comunicación. Se trata simplemente de un ejercicio de reflejo esquemático, casi gráfico de lo que se dice; ir reduciendo a puntos principales, incluso a esquema objetivo, sus ideas. El alumno, al ver reflejado lo que dice, es capaz de observar sus propias ideas y se da cuenta que no se pierden en la mente del profesor, ilegible para él, sino que están allí y han merecido la suerte de ser editadas aunque sea de un modo efímero y poco tiempo.

4.6 «Reiteración»: Es seguir de nuevo («res») el camino («iter») que el alumno viene recorriendo y manifestando. No se trata, por tanto, de desviarle, de llevarle a otras ideas que me parecen más acertadas sino de seguir el hilo de la idea que él propone. No cabe duda que con los «monosílabos» (4.3) y con las «últimas palabras» (4.4) el profesor puede demostrar sinceramente al alumno que le va siguiendo; pero la «reiteración» añade algo así como cuando se dice: «¿es esto así? ¿te voy entendiendo bien?... o sea que lo que tú dices es que...». Generalmente, en la «reiteración» suelen usarse palabras o frases sinónimas a las que el alumno va diciendo, pero que responden más al lenguaje propio del que escucha: «si te entiendo bien, en mis propias palabras, lo que tú dices es algo así como...»

En definitiva, no importa tanto las palabras que se dicen por parte del profesor ni pensar siquiera si uno está haciendo o no «reiteración»; lo que ayuda a reflejar ideas es que el alumno sienta de verdad que se le está escuchando y atendiendo de verdad y con interés a lo que él dice.

—AL: «A mí me parece que nosotros comulgamos mucho, por ejemplo, en vestir porque, de lo contrario, te quedar un poco al margen y haces el ridículo».

—PROF: «Vistes así, más por exigencias del grupo que por gusto propio».

—AL: «Sí... en realidad uno nunca sabe por qué viste así... Es también más cómodo».

—PROF: «Vas más libre...»

—AL: «Más libre... porque antes todo era un libro empacquetado...».

La prueba significativa de que el profesor va «reiterando» es que el alumno va diciendo generalmente «sí» a las palabras que el profesor usa.

4.7 «Nombre»: Otra de las características que pueden indicar que se está siguiendo las ideas del alumno es repetir con alguna frecuencia su nombre; aunque naturalmente el solo hecho de repetir el nombre no indica nada e incluso puede hacerse para llamarle la atención o criticarle. Pero los que atienden de verdad suelen usar el nombre de la persona con quien hablan como un apoyo interesante de que es a él precisamente a quien atienden, a sus ideas personales.

4.8 «No juzgar»: Aunque la formulación de «no juzgar» es negativa, dice más que el simple hecho de

aceptar, sin más. «No juzgar» supone que, por un tiempo al menos, el alumno se ve libre de que sus ideas estén sometidas al juicio del profesor. Es algo así como «di tus cosas y manifiesta tus ideas, a tu propio riesgo, no te preocupes, no vas a ser juzgado por ellas, habla libremente».

Evidentemente que el profesor podría y debe tomar muchas veces otra actitud: examinar, juzgar, valorar, criticar ideas de sus alumnos. Pero la técnica de «reflejo de ideas» eso tiene de peculiar: favorecer el que las gentes digan cosas. Luego, a su tiempo, ayudará a que esos mismos alumnos tomen reflexión sobre lo dicho, vean pros y contras, elijan, valoren su elección. Pero si, desde el principio, incluso antes de escuchar abiertamente, ya se pone cara de juez, la creatividad se congela y, en vez de reflejo siente amenaza ante lo que dice.

4.9 «No interpretar»: Entendemos aquí por «interpretación» el hecho de adelantarse al profesor a lo que el alumno piensa. Es algo así como: «Ah, lo tuyo es esto y esto y, claro, de aquí se deduciría que...»

Puede ser que el profesor acierte en la «interpretación»; pero no se trata de si acierta o no sino de que el alumno sienta que sus ideas son escuchadas. La «interpretación» se basa en que el profesor, que tiene más experiencia que el alumno en algunas materias, se da cuenta por dónde va y, en vez de escuchar qué quiere decirle el alumno, se escucha a sí mismo y dice lo que piensa sobre algo, anulando con ello el intento del alumno de ir tanteando las cosas por su propio discurso.

Por otra parte, da también la experiencia que algunos profesores tendemos a pensar que lo que el alumno piensa coincide con lo que nosotros sospechamos que el alumno va a decir. Y no siempre es eso cierto: a veces nos adelantamos y con ello no escuchamos lo que de verdad el alumno sabe y piensa y quiere decirnos, anulando así su creatividad.

4.10 «No alabar demasiado»: Una cosa es «animar» a que siga hablando, a que diga sus ideas; pero otra muy distinta es «alabarle» y decirle: «esa idea es estupenda... y además tienes razón por esto y por esto. Al alabar, manifestamos nuestra opinión y, de algún modo, condicionamos futuras respuestas. No cabe duda que el profesor puede y deberá hacerlo en muchos casos, pero ya no está usando entonces la técnica de «reflejo de ideas»:

Tan nocivo puede resultar en algunos casos la «crítica negativa» como la «alabanza excesiva»: ambas pueden perjudicar a la creatividad e impedir que el alumno se enfrente con sus propias ideas. La crítica y la alabanza crean dependencia del alumno con su profesor.

4.11 «No hacer interrogatorios»: Algunos profesores, tan pronto como el alumno presenta una nueva idea interesante, le someten enseguida a «interrogatorio», para demostrar quizá sus contradicciones o acelerar una crítica y que el pensamiento del alumno no se desvíe de lo académico y convencional. Otra cosa distinta es hacer preguntas al alumno para que él mismo se explique más, se juzgue, se interprete y vea la calidad de su respuesta;

pero el «interrogatorio» puede resultar amenazador y convertirse más en crítica que en atención a lo que el alumno pueda manifestar.

4.12 «Resumir»: Una de las ventajas de tomar alguna nota en el encerado, con palabras/clave, es que luego se puede resumir mejor lo que el alumno dijo y, por otra parte, se le puede también invitar al alumno a que él mismo resuma lo que fue diciendo, con lo cual se aumenta notablemente el grado de «reflejo de ideas»:

Pero esto, evidentemente, se puede hacer también de otros modos, sobre todo si el resumen es sobre intervenciones breves del alumno y no se necesita apoyatura escrita. Frecuentemente, a propósito del resumen, el alumno sabrá añadir cosas nuevas, examinar quizá alguna contradicción o formular el tema de otro modo y ver así mejor reflejada su propia idea.

4.13 «Informar»: No cabe duda que podrá entrar en la técnica de «reflejo de ideas» el hecho de aportarle al alumno alguna información que le ayude a desarrollar mejor su idea. Así, por ejemplo, el decirle: «aquí tienes un artículo que habla de eso... mira a ver qué te parece... fíjate en la pág. 27 de este libro... desarrolla esa idea...» Con ello se pretende darle un apoyo para que desarrolle más su idea. En este caso, «informar» entraría dentro del capítulo de reflejo de su idea.

4.14 «Clarificar»: La «clarificación» no es sólo un resumen. Consiste en repasar lo que el alumno ha dicho y tratar de poner en claro, ayudándole a expresarlo de otra forma, pidiéndole nuevas formulaciones, buscándole palabras o frases que expresen mejor su contenido, haciendo esquemas más claros de lo que él ha comunicado, pero no se trata de que el profesor le aclare al alumno lo que él no sabe, sino de ayudarle a que lo exprese quizá de otra forma para que el alumno nos aclare sus ideas. Si, en cambio, como sucede muchas veces, el profesor trata de comunicar sus propias ideas al alumno, ya esto no pertenece a esta técnica.

4.15 «Rebotar la idea»: A veces, la idea, tal como sale del alumno, no está clara y no hay manera de ayudar a clarificarla. Se dice entonces que puede producirse el efecto de «rebotes»: algo así como volver la idea al garaje de donde salió. El alumno tendrá que pensarla un poco más: «piensa un poco más sobre ello y a ver si logras exponer ya con claridad esa idea que acabas de mostrarnos; estaremos pendientes de ellos».

4.16 «Difundir la idea»: Otras veces, en cambio, la idea merece ser difundida entre todos. Y así, por ejemplo, el profesor dice: «Vamos a considerar entre todos esta idea y a ver qué tal nos resulta. ¿Nos la explicas de nuevo brevemente otra vez?» El que las ideas de uno tengan eco entre toda la clase tiene sin duda su riesgo. Pero constituye un amplio reflejo.

4.17 «Citar la idea»: A lo largo de nuevas explicaciones, el profesor cita la idea expuesta por un alumno, dejando constancia de quien lo dijo y de las conclusiones a las que los alumnos hayan llegado sobre ello.



Una idea de «Jordi»

El ventilador que no podía echar aire



Era una vez un ventilador que no podía echar aire.



Quería echar aire pero no podía.



Se ponía en lugares donde pasaba más gente para ver si alguien lo prendía, pero nadie le hacía caso.



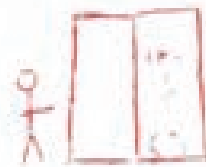
Se puso en una tienda donde vendían ventiladores para ver si alguien lo compraba, pero todos los que lo veían decían que estaba muy feo.



Después de mucho tiempo alguien lo compró.



En su casa casi no lo usaron, se quedó guardado en un closet.



Un día al niño de la casa se le ocurrió abrir el closet.



El niño de la casa y su amigo jugaron con el ventilador.



Al niño le regalaron muy feo por descomponer el ventilador.



Descompusieron los botones del ventilador pero no saben qué causa, se puso a andar precisamente porque no servían los botones.



Y así el ventilador pudo echar aire y fue muy feliz.

Jordi González Garrido, tengo 9 años.
Monterrey N.L. (México).
13 de Noviembre de 1988.
Victor Hugo, 207.
Colinas de San Jerónimo.